

oficinas parisienses de la agencia Tass y a la Embajada Soviética, pero después de las primeras palabras pronunciadas en francés no obtenían más que respuestas en ruso, de las que sólo comprendían que constituían una confirmación implícita, confusa y un poco vergonzante. En l'Ordre, el periódico del anti-comunista soviético Buré, sus neófitos stalinianos, de fe robusta, persistían, a pesar de todo, en la convicción de que se trataba de una falsa noticia, y publicaron el mensaje Havas bajo este título:

“¡Un magnífico ‘canard’!”

“¡Un pacto de no agresión germano-soviético!”

L'Humanité, en una primera edición, guardó absoluto silencio sobre el asunto. Posteriormente, en la segunda edición, comunicó el mensaje, pero disimulándolo lo mejor posible, en un rincón de la segunda página, en donde se colocan ordinariamente las cosas sin importancia.

Peró el pacto stalinazi no era una información posible de ocultar. Al primer sentimiento de estupor provocado por su revelación, sucedió una cólera, esta vez unánime, pues los que denunciaron el pacto con mayor indignación fueron precisamente los intelectuales antifascistas, los socialistas, los sindicalistas que se habían constituido en los defensores más encarnizados del stalinismo.

La primera protesta fué formulada y publicada por la dirección del grupo de intelectuales antifascistas: Paul Langevin, quien durante años había cubierto sistemáticamente con su autoridad de sabio los crímenes stalinianos; Víctor Basch, presidente de la reunión popular y de la Liga de Derechos del Hombre, quien entre otras cosas había impedido

resueltamente que “los procesos de Moscú” fueran objeto de un honrado estudio jurídico en el seno de la Liga, afirmando que se habían desarrollado según las reglas de una estricta y verdadera justicia popular; Albert Bayet, radical, stalinizante cien por ciento, celoso propagandista del stalinismo en los medios radicales; Irene y Frédéric Joliot-Curie, más apagados, pero que sin embargo ponían su gran nombre al servicio de la propaganda staliniana. Estos intelectuales antifascistas, algunos demasiado cándidos, otros, engañados voluntarios e interesados del stalinismo, se lanzaban con cólera contra la duplicidad de la política de Stalin, que calificaban de traición.

Traición era también la palabra que se repetía en las declaraciones de los socialistas que en el seno de su partido siempre habían aprobado y defendido, bajo cualquier forma que se presentase, la política staliniana. En la primera fila de éstos, estaba Zyromski, jefe de la tendencia staliniana que, durante un momento, arrastró a la mayoría del Partido Socialista, ganando a León Blum a sus opiniones. Una apreciación idéntica del pacto: traición, fué formulada en la resolución votada unánimemente por la dirección del Partido Socialista.

El mismo reproche se le hace al pacto en los medios sindicales. En ellos, los stalinianos habían logrado apoderarse de la dirección de la mayor parte de las grandes federaciones: metales, construcción, funcionarios, y de hecho, también eran los amos de la C. G. T., aunque hubiesen dejado a Jouhaux en la secretaría general, en la que sólo lo toleraban a condición de que siguiera su política; y a quien en sus desplazamientos